

ANA MARÍA DÁVILA

Barcelona se perfila densa y bulliciosa a sus pies, tan ajena a la quietud placida que se respira en esas calles que se encumbran, serpenteantes, por las laderas de la sierra de Collserola. Rodeada de mansiones deslumbrantes, la Casa Bartomeu se yergue con ese señorio de vieja nobleza, una dignidad antigua que la preserva de la huella implacable del tiempo.

Desde los maravillosos frescos de Vila Arrufat que envuelven el salón principal a las esculturas que custodian el jardín *noucentista* que rodea la casa, todo en ella evoca la pasión melómana de su antiguo propietario, el industrial y mecenas Josep Bartomeu i Granell (1888-1980), que a mediados del siglo XX, cuando la ciudad aun estaba lejos de recuperar la normalidad cultural perdida tras la guerra, hizo de su residencia privadísimo uno de los centros musicales más activos de Barcelona. Un espacio en el que se celebraron decenas y decenas de conciertos que pusieron al alcance de los ciudadanos, gratuita y libremente, una oferta musical que iba de Monteverdi a la música concreta.

Tras su muerte, y sin herederos directos, Bartomeu legó la propiedad a la Generalitat con la condición de que el edificio continuara acogiendo actividades musicales. Un requisito que se cumplió hasta 2001, mientras la casa fue sede del Centro de Documentación Musical. Su traslado a la Biblioteca de Catalunya condenó la residencia al olvido. Sin embargo, en fechas recientes, y gracias al empeño personal del presidente del *Consell Català de la Música*, Josep Maria Busquets, la casa Bartomeu ha comenzado a recuperar su antiguo es-

MÚSICA

Tras años de silencio y olvido, la que fuera residencia del mecenas Josep Bartomeu ha abierto otra vez sus puertas a la música. Los conciertos inundan de nuevo el Jardí dels Tarongers.

Música en un jardín secreto



plendor. Y lo que es más importante, la actividad a la que su dueño dedicó tantos esfuerzos.

«Hace dos años, la Generalitat me ofreció esta casa como *almacén* para el *Consell Català de la Música*.

Cuando vine a verla, se me cayó el alma a los pies por el estado de abandono y deterioro en el que se encontraba. Fue una emoción muy intensa, porque yo de joven había cantado aquí, con el Orfeo Lauda-

te», recuerda Busquets.

Activo promotor cultural, Busquets es hombre de recursos. Y con poco dinero y muchos amigos está consiguiendo poner de nuevo en pie la casa y ofrecer, desde hace ahora

justo un año, una programación musical estable. «Cuando comenté a otros promotores que quería hacer de nuevo conciertos me dijeron que no vendría nadie. Hemos tenido que habilitar pantallas porque cuando hacemos conciertos en el interior la gente no cabe en el salón».

Ahora, con el buen tiempo, la música se instala también en el Jardí dels Tarongers, que estos días acoge su *Cicle de Concerts d'Estiu 2015*, una oferta integrada por cuatro programas, que finalizarán el próximo 22 de julio y que mañana recibe la actuación de la Coral Canigó, dirigida por Xavier Solà.

Todos los conciertos siguen los mismos parámetros: música de cámara de pequeño formato a cargo mayoritariamente de jóvenes músicos del país, a fin de «preservar el espíritu de los conciertos de Bartomeu». Todas las actuaciones son a las 19.40 horas; duran 40 minutos y al final se ofrece una copa de cava a los espectadores, como si de un acto privado se tratara. Los músicos cobran por actuar, pero el público no paga. La entrada es gratuita y sólo se pide una aportación voluntaria de cinco euros.

Un concierto de cámara en el salón de la Casa Busquets, con las pinturas 'noucentistes' de Vila Arrufat en las paredes.

«De momento podemos funcionar con recursos propios y mucho voluntariado», señala Josep Maria Busquets, quien confía que, en el futuro, podrá programar conciertos de mayor formato. La casa y su jardín ambicionan más música.